

# EL MIEDO COMO POLÍTICA

**Ignacio Castro Rey**

*Filósofo*

*Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos*

## RESUMEN

No se trata de perder un minuto más en los complejos hechos de esta pandemia. A pesar de una enorme ambigüedad en los detalles, y de una confusa y contradictoria reiteración informativa, son suficientemente alarmantes. No se trata tampoco de repasar los mil aspectos, clínicos, políticos y sociales, que siguen en el aire como objeto posible de debate. Hay suficientes especialistas, en cada país, volcado en esas minuciosas y arduas tareas. Lo que es urgente es más bien intentar, filosófica y políticamente, sacar la cabeza del «estado de alarma»

para *pensar* lo sucedido de otro modo, tanto en relación con nuestras raíces, como con nuestros vicios y nuestros límites estructurales de partida. Aprovechando el vendaval de esta crisis, que en cierto modo nos ha dejado desnudos, se trata de pensar radicalmente, libres de las múltiples coacciones en curso. Es una obligación moral intentar salir de este agujero negro, no ya "más fuertes" (cosa hartamente improbable), pero al menos sí más conocedores de una debilidad, también enfermiza y pandémica, que aqueja a las sociedades occidentales.

¿Es preciso acatar el dogma de la histeria, la obediencia masiva, el pánico? Lo que sigue no discute tanto la gravedad de un drama que, en planos muy distintos, nadie en su sano juicio duda en declarar mundial, como la *interpretación* que afecta a su sentido y a sus consecuencias, presentes y futuras. No les extrañe si este testimonio está a veces escrito en primera persona: puesto que afecta a la vida y la muerte, habla de una experiencia *única* para cada cual. He de aclarar pues que sufrí como todo el mundo, o más. Mientras el gobierno y la pobla-

ción española miraban en el pasado febrero hacia otra parte, algunos (apocalípticos de nacimiento) fuimos adelantados en el miedo. Muy pronto, además, rodeados de amigos y parientes infectados, incluso con algún muerto en las cercanías. Ahora solo queda cierta tristeza por este gris presente, y una creciente alarma política, pero algunos sentimos en los pasados meses una angustia nueva, y esto no solo porque estuviéramos en peligro al haber dejado muy atrás los radiantes treinta años. Militamos en la prevención a fondo, bastante antes de que la ola de pánico llegase a Madrid en marzo y abril, con diferencia los meses más duros. Hay que recordar que en parte nuestra salud consistió incluso en limitar la información para tener, al menos, fragmentos del día en paz, libres de una zozobra que parece ser esencial al negocio masivo del periodismo. Si en algún momento se ha diagnosticado la información como un gigantesco *blanqueado* de las conciencias, para drenar el malestar de un ciudadano estresado por todas partes, en pocas ocasiones esa función se ha mostrado tan perversa como en esta pandemia.

## I

Pues bien, es suficiente, basta. *Prou*, dicen los catalanes. Es necesario abandonar la hipnosis de las pantallas y el panel de las cifras dramáticos que danzan, casi siempre de modo escandalosamente variable y mezcladas con los anuncios más frívolos. Esto no significa tanto negar algunas evidencias, con la hilera de prudencia cívica consiguiente, cuanto dejar de obedecer ciegamente a la alarma y buscar modos de vida y de fuga alternativos en distintos planos, de lo laboral a lo afectivo, de lo vital a lo intelectual. Y esto al margen de que esos planes personales sean legales o no, en un momento además donde la legalidad se ha amplificado en un gigantesco estado de excepción que se confunde con la vida diaria y el perpetuo cambio de canal en los moni-

tores. Dentro de un grado de incertidumbre altísimo, muy propio de la comunicación incesante que nos acosa, es necesario entrar en otra atmósfera de ánimo, de pensamiento y de costumbres menos clínicas. No olvidemos además que hace tiempo que la ciencia y la medicina, casi convertidas en teología, se han erigido en el instrumento clave de un poder social que ha *entrado* en los cuerpos, atándonos en una especie de personalización de masas, un despotismo incontestable y sonriente que se ha difundido en cada uno de nosotros. Es tal la fuerza mítica de esta nueva normalización, que llevarle la contraria pasa inmediatamente por *negacionista*, como si estuviéramos ante una abominable herejía que injuria la doctrina con la que todos debemos comulgar sin pestañeos.

Parece evidente que le ha dado una vuelta de tuerca en esta per-versión simbólica de la violencia las formas de coacción consensuadas, médicas e interactivas, que han personalizado hasta niveles infinitesimales la servidumbre voluntaria bajo la cual actúan las políticas de la pandemia. La propia conciencia progresista hace de policía interiorizada, ahorrando el despliegue de uniformes. La tradicional histeria normativa de la izquierda, hay que decirlo, se ha convertido en la policía de la Covid. Cada persona tiene hoy menos margen de autonomía real que un animal en su parque de encierro, pero a la vez se nos hace a cada uno de nosotros responsables individualmente de la salud general, del cambio climático y del cuidado del medio ambiente. Después de que la ideología del sistema ha deconstruido hasta el infinito el *carácter* en nuestras vidas, ahora resulta que es crucial la responsabilidad del individuo. ¿No hay quien lo entienda? Sí, sí se puede entender: se trata de aislar y conectar, de desarraigar y empoderar. El aislamiento de cada cual en su nicho de miedos es la condición para que funcione el conductismo de la masificación, la sociedad de los medios, que es la de los miedos. Podría ser un síntoma de esta paradoja la descarada

dialéctica que se propone actualmente entre la distancia *interpersonal* y el aumento de la *interdependencia* social. Aislados del antiguo exterior, sucio y común, estamos obligados a aumentar la *sociodependencia* de las pantallas, multiplicando nuestras conexiones virtuales. Aunque solo sea para no estallar.

De cualquier modo, solo se suman masivamente átomos sueltos. Ser autistas es la mejor forma de multiplicar los contactos. Que «nadie se quede atrás» significa también que nadie se salga de la fila. Excepto los parias que quedarán atrás, agonizando en sus vidas clandestinas. Y los nuevos herejes, que serán convenientemente corregidos. Juntos mentalmente, pegados unos a otros en las conductas, es la mejor forma de mantener el aislamiento personal, y consiguiente su dosis de estrés, que el capitalismo siempre ha necesitado para presentarse como la religión verdadera.

Es posible, a pesar de las sonrisas despectivas del progresismo medio, que el pensador italiano Giorgio Agamben tenga razón en las advertencias «apocalípticas» que viene haciendo en los últimos meses. En «Capitalismo comunista» (*Una voce*, 15/12/20), publicado en el sitio web de la editorial Quodlibet, Agamben explica el creciente liderazgo económico y político de China por el auge de una paradigma de gobierno que ha logrado unir «el aspecto más inhumano del capitalismo con el más atroz del comunismo estatista, combinando la extrema alienación de las relaciones humanas con un control social sin precedentes». En otro registro filosófico muy distinto, Byung-Chul Han está realizando desde *La sociedad del cansancio* advertencias similares. Con el concepto de «estado espectacular integrado», Guy Debord ya adelantó esta fusión de encierro económico y libre expresión consumista, de severa concentración anímica y dispersión hedonista en los gustos. El pensamiento único funciona mucho mejor sin uniforme, si se hace compatible con diferencias estilísticas de marca. En este punto

hay que reconocer que el universo del Este era escandalosamente ingenuo. El Gulaj, la congelación de las vidas que es esencial al espíritu del capitalismo, ha de practicarse de manera americana y fluida, con un maquillaje *Überfashion* en cada cuerpo, en cada sonrisa.

La economía es solo el medio para cambiar las almas. Razón por la cual puede ponerse en entredicho lo meramente financiero, con tal de que la gente obedezca a la normalización masiva del miedo. Como recordaba Weber, lo importante en la teología política del capitalismo es el enfriamiento de las relaciones, entre los hombres y con la tierra; no necesariamente una acumulación del dinero, que puede esperar. Así pues, sería preciso abandonar la línea encendida del miedo, en cierto modo muy cómoda, y dejar de obrar al dictado de lo social, un Estado hace tiempo aliado con el espectáculo de las conexiones. Que conste que hablamos sobre todo de Europa y el autodenominado *primer mundo*, el caso de Latinoamérica puede ser muy distinto. Hay carne humana de primera y carne humana de tercera, por eso las actuales vacunas occidentales (de la rusa ni se habla) pueden ser acaparadas por unos pocos países punteros. A cambio, parece obvio que en los países en «vías de desarrollo», dado que las poblaciones no están todavía clonadas por el bienestar, la hipocondría ante el dolor y la muerte es menor. Ellos se saben mortales, no flotan en ninguna nueva infinitud, así que siempre han de elegir entre un tipo de sufrimiento u otro.

No es que la vida «valga menos» en Perú, Gaza o India. Las mujeres y los hombres lloran allí, igual que aquí, la muerte de sus hijos y hermanos. Es que para nosotros aquellas vidas valen menos, al fin y al cabo son una pobre gente miserable de las afueras, que hasta nuestras ONG, después de considerarlos una masa de miseria, tratan de salvar en masa. No olvidemos que nuestra política solidaria de la ayuda va

detrás del complejo militar e industrial que destruye mundos<sup>1</sup>. Igual que antes los aguerridos conquistadores nortños disparaban con el mismo rifle a búfalos e indios sioux, ahora las empresas extractoras canadienses destrozan los territorios al paso que envenenan su agua, expulsan poblaciones, destruyen culturas y lenguas. Llegado el caso, harán desaparecer también a los indígenas americanos que se resistan.

## II

Algunos nos negamos a seguir normalizando el miedo, el conductismo masivo de las órdenes estatales e informativas, médicas y escénicas. Es difícil que los europeos nos apartemos de cierta neurosis de la salud preventiva, que opera en este caso y en mucho otros. Aún así, algunos nos negamos a *cronificar* la pandemia, limitándonos a escoger con hedonismo ciudadano el color diario de las mascarillas de moda. Hay que volver a vivir, una vida que mucho antes de todo esto ya era mortal, incierta y peligrosa. La vida misma es vírica. Por escandaloso que parezca, no debemos olvidar que una muerte que es *para todos*, desde siempre y para siempre, no puede ser en el fondo algo «malo». Un día u otro iba a venir. De hecho, viene todos los días en cada pequeña pérdida. Algo tiene que haber en el peligro mortal, dado que es el límite de lo común, que lo traiga al centro de la vida y la afirmación humanas. Y es precisamente en momentos de riesgo cuando es necesario dar un paso al margen del pánico, pensar la muerte y no seguir la corriente gregaria del pavor. Escapar del miedo de rebaño, que llegó mucho antes que la inmunidad.

---

[1] Cfr. Nendo Dango, *El agua del extranjero. Descalabros de un mercenario humanitario*, Pre-Textos, Valencia, 2020, pp. 72 ss. Todo el libro de Dango es un tremendo alegato contra nuestro racismo humanitario, prolongador de la vieja actitud colonial, pero que ahora sirve para lavar la culpa. Descansamos nuestras conciencias consumiendo caridad, leemos en este valiente documento hecho a pie de *ayuda*.

Sin embargo, esta pandemia ha degradado la muerte, la ha convertido en algo vergonzoso, clandestino, sin rituales. Precisamente en este punto, que afecta a la muerte, hay un fenómeno nuevo. Como recordaba hace poco un escritor inteligente y antipático, el coronavirus ha hecho de la muerte algo más secreto y vergonzante, que hay que esconder en secreto, sin culto comunitario. Algo que además, de pronto, se decide por azar o, peor, según el comportamiento social. Si eres prudente y sigues las normas, te salvarás; si no, te condenarás a una muerte lenta, humillante y silenciosa. Miles de ciudadanos tendrán que esconder sus síntomas, si tienen recursos, o bien declararse apesados para recibir tratamiento a cargo del Estado.

Emergieron en estos meses, y esto tampoco es alegre, muy distintas clases de muerte. Se diga lo que se diga, incluso en las naciones más «avanzadas» y sociales del mundo, si se tiene dinero, poder y relaciones, las posibilidades de cura son unas, muy distintas a las del pobre trabajador o el paria. Para empezar, ya el concepto de «distancia social» es una cosa de ricos: un trabajador inmigrante, que vive más bien hacinado, difícilmente puede permitirse el lujo de una profiláctica distancia *norteña* que pronto le dejaría en la calle, sin trabajo. Hasta el factor suerte, siempre latente, está alterado por la clase social a la que perteneces. Esto convive junto a un *racismo de la edad* (no solo en las residencias de ancianos, no solo en Holanda) que no es nuevo, pero que a veces tomó en estos meses tan civilizadas dimensiones pavorosas. Las cosas son así de crudas, aunque las democracias, formas contemporáneas de la mentira y la explotación, hayan de ocultarlo.

Nos ocultamos también otras cosas. «El virus ha venido para *quedarse*», se dice. Es obvio que, no solo en las élites, hay un regusto social en esta idea, un regusto más acentuado en las capas más cercanas a la gobernanza. Como si la gente estuviera dispuesta, incluso en el orbe latino, a adoptar por fin la distancia social y las medidas higiénicas,

también la profilaxis existencial y la sospecha ante el prójimo, que siempre han sido patrimonio de las costumbres norteañas. Igual que en cualquier otra crisis, parece que se trata de aprovecharla para acentuar la «doctrina de la separación» (Steiner) propia del desarrollo, con el aislamiento personal que conlleva y el control cronológico de las estrategias cotidianas<sup>2</sup>. Da un poco de miedo, diría Foucault, el crecimiento de un «socialismo» con rostro médico. Perfectamente compatible, por lo demás, con la obscenidad del mercado. ¿Qué quiere decir esto, qué significa esta insistencia en que «la vida no puede ser como antes»? Ante todo una moraleja: debemos decir *adiós* al viejo afán de independencia personal. Igual que en otras crisis, el corolario único parece ser: más sociedad, más tecnología, más interdependencia. En este sentido, las actuales mascarillas solo le han dado figura a un *enmudecimiento* de la vida común, ordinaria y sin especializar (sin necesidad de expertos), que hace tiempo estaba en marcha.

Subsiste otra pregunta, en paralelo, que mencionábamos antes. ¿Por qué el progresismo, en particular su ala izquierda, parece haberse erigido en la *policía del coronavirus*? Quiero decir, en la vanguardia social más neuróticamente partidaria de extremar las medidas estatales de control, tachando cualquier disidencia frente a la línea oficial de *negacionista*, como si se tratara de un secta de herejes terroristas o suicidas. ¿Es necesario paralizar al máximo las viejas libertades civiles en aras de una nueva seguridad? Dictar una Nueva Normalidad, con ese u otro nombre, es el sueño de cualquier viejo gobierno, y no menos por la izquierda que por la derecha. En una época donde el poder ha de ser *horizontal* y pedir siempre disculpas, a los gobiernos les encanta por fin poder mandar a la antigua usanza, mediante decretos indiscutibles que se presentan como objetivos y libres de ideología. Es ideal gobernar

---

[2] George Steiner, "Los archivos del Edén", *Pasión intacta*, Siruela (trad. M. Gutiérrez y E. Castejón), Madrid, 1997, pp. 295-300.



con órdenes de emergencia cuyo incumplimiento conlleva la condena moral masiva, para eso están los medios, y su inevitable consecuencia jurídica, las sanciones económicas. Lo más asombroso es que amplios sectores de la población parecen encantados de obedecer, como si ese estado de excepción valiese también para nuestros órganos y una conducta masivamente guiada nos ahorrara vivir y tomar decisiones por cuenta propia, incluso a solas. Lo más vírico de toda esta época es que, como los Lemmings, corremos en una dirección equivocada. Abandonando la decisión personal, corremos en una dirección suicida, pues hasta respirar se hace a solas. ¿Será cierto que hablamos de estar «en guerra» para justificar esta rendición civil, acentuando nuestra secular pacificación forzosa?

Ya no se trata de tomar un medicamento ni, cuando es necesario, de someterse a una visita médica o a una intervención quirúrgica: la vida entera de los hombres debe convertirse en todo momento en el lugar de una celebración cultural ininterrumpida. El enemigo, el virus, siempre está presente y debe ser combatido incesantemente y sin tregua posible. También la religión cristiana conocía tendencias totalitarias semejantes, pero estas solo concernían a algunos individuos —los monjes, en particular— que elegían poner toda su existencia bajo la divisa 'orad sin cesar'. La medicina como religión recoge este precepto paulino y, al mismo tiempo, lo invierte: mientras que los monjes se reunían en conventos para orar juntos, ahora el culto debe ser practicado con la misma asiduidad, pero manteniéndose separadas las personas y guardando distancia. La práctica cultural ya no es libre y voluntaria... La connivencia entre la religión y el poder profano sin duda no es un hecho nuevo; lo totalmente nuevo es, sin embargo, que ésta ya no concierne, como en el caso de las herejías, a la profesión de los dogmas, sino exclusivamente a la celebración del culto. El poder profano debe velar por que la liturgia de la profesión

médica, que coincide ya con la vida toda, sea observada punto por punto en los hechos<sup>3</sup>.

### III

Si no fuese por el sadomasoquismo de cierta auto-victimización, que nos convierte a todos en niños bien guiados, no se entiende muy bien la seriedad con que la multitud obedece normas obviamente absurdas. Por ejemplo, ponerse la mascarilla mientras se pasea por la ciudad hasta que uno se la quita para sentarse en una terraza a hablar durante horas, a medio metro de los amigos. Tampoco se entiende muy bien que hayamos normalizado tanto las medidas excepcionales que haya toda una *estética* que incluye la mascarilla (seleccionada, coloreada y a veces cara) dentro de la imagen personal. Nada debía impedirnos pensar, sobre todo en momentos de peligro verdaderamente masivo. Y además, pensar libre y tranquilamente, al menos con un hemisferio cerebral, algo que es compatible con actuar socialmente y no tiene por qué ser detectado en la pantalla de los planes masivos. Ni siquiera en nuestra conducta visible, puesto que podemos pensar «con una mano», liberándonos mentalmente del clima reinante, y seguir disimulando cívicamente con la otra. Obras «como todos» y no ofendes, pero por dentro lo vives de otro modo. Incluso, de vez en cuando, puedes hablar claro tras la mascarilla.

No pensar es un lujo que no podemos permitirnos. No hacerlo es poner en riesgo, tanto si se pertenece a una clase acomodada o popular, la más elemental necesidad de vivir, de trabajar, de comer y moverse por cuenta propia. Como se dijo en su momento, la angustia del coronavirus es una cosa de ricos, de esa décima parte de la población mundial que sale continuamente en las estadísticas. Quien vive haci-

---

[3] Giorgio Agamben, "La medicina como religión", *La epidemia como política*, Adriana Hidalgo Ed. (trad. R. Molina y Teresa D'Meza), Madrid, 2020, pp. 67-68.

nado y subsiste *al día*, difícilmente va a angustiarse por una pandemia más, sobrepuesta a la ya cotidiana «pandemia» de tener que sobrevivir. Recordemos que no solo en Guatemala, Colombia o México, la supervivencia diaria no es un asunto garantizado. En la Francia o la Inglaterra «profundas», en la cruda realidad que subsiste bajo nuestras normas avanzadas, vivir es algo más acuciante de lo que nuestras élites, apoltronadas en el piso 24 de cualquier gran avenida, tienen en mente. Lo políticamente correcto, y esto no es de ahora, impera *en el lenguaje* para tapar allí, bajo el narcisismo publicitario del primer mundo, condiciones de vida real abominables, incluso en los entresijos de las grandes empresas. Los ministros de los distintos gobiernos, los señores de la OMS, desde sus altas e inmaculadas oficinas en Ginebra, recuerdan a los altos ejecutivos de la UE en una cuestión clave: si alguna vez lo han hecho, pues hay privilegiados que crecen y mueren en una cobertura de vanguardia, hace años que no pisan la calle sin su equipo, su escolta y su vehículo oficial climatizado. Blindados por una sordera de élite, si nunca están a solas con la mugre de la calle, ¿qué van a saber del drama real, popular?

¿Pasar hambre o infectarse? Es esta un pregunta que posiblemente los altos dignatarios no tendrán nunca que hacerse. Bajo el «giro lingüístico» de la demagogia política, que oculta en un nuevo oscurantismo la complicidad de las democracias con las crueldades de antaño, es posible incluso que esa pregunta popular no sea siquiera comprensible. En cierto modo, y no fue Marx el primero en decirlo, la democracia es una fenómeno puramente *formal*. La vanguardia de Occidente, y un admirado «sueño» estadounidense que siempre ha escondido desigualdades genocidas, es solo el índice externo y perverso de una hipocresía moderna que poco tiene que envidiar a las anteriores.

Una vez más, en resumidas cuentas, la gente que promete ayudarnos a salir de la crisis jamás la vivirá en estado crudo. ¿Es necesario

dejar esto en el aire, al albur de futuras generaciones que llegarán tarde? El progresismo se ha convertido en la policía de la Covid-19 porque tiene una idea muy diluida y corrompida de lo que es la *naturaleza del tiempo*, de la vida común y mortal, de la peso diario del peligro, la injusticia y el mal.

Para dudar de la línea mayoritaria de nuestra dirección en esta crisis no hace falta ninguna teoría de la conspiración. Recordemos una vieja pregunta: *¿A quién beneficia?* ¿A quién beneficiaría un error «hipocondríaco» o aprensivo en la línea general que enfoca esta pandemia? Hay al menos una posible respuesta: a la clonación terciaria que ya estaba en curso. En suma, al cuerpo de mediadores (comunicadores, políticos, expertos) que la comanda. Hay una extraña coincidencia de esta pandemia con la reconversión social e industrial que ya estaba en marcha. No solo la distancia social estaba ya incluida en el programa de esta *nortificación* (permítase el neologismo) de España, Italia, Grecia o Portugal, sino que hasta la muerte ha pasado a un estado de fría clandestinidad que coincide con el predominio de las culturas septentrionales. El carácter *ondulatorio* de esta plaga, su modo «fractal» de padecimiento y mortandad, coincide también con el principio de *indeterminación* real que se ha instalado en todas las sociedades terciarias donde triunfa el imperio numérico, la estadística y la información. Todo esto ya es pandémico en sí mismo.

Parece que todo lo que lleva el prefijo *tele*, no solo el teletrabajo, dará un salto viral en la actualidad. ¿Nos hará eso más libres? Como dicen con satisfacción los políticos y la corte de expertos que ellos contratan, la vida nunca volverá a ser la misma. Ya no lo era, estaba en la agenda que nunca más, cuanto antes, lo fuese. De ahí la indisimulable euforia de los ingenieros sociales, tantos expertos y periodistas. Por fin tienen una veta de ganancias continua y barata.

La prensa, las redes y la televisión parecen no tener otra cosa de la que hablar. En estos últimos meses ha sido parte de la «pandemia» el *blablabla* continuo sobre la pandemia, cosa que no ha ayudado en nada a la más mínima serenidad, cordura o precisión. Más bien lo contrario, se nos mantuvo en un estado de alarma también vírico, con cien informaciones contradictorias al día. Con la Covid-19 los medios han encontrado un tema fácil con el que llenar todas las franjas horarias. Para todos los públicos y permanentemente, pues día tras día resurge la alarma de nuevos contagios. El famoso *rebrote* es también cognitivo, informativo, cultural: de algún modo parece que estamos encantados con una *infodemia* que justifica al fin pasarle el peso de nuestra vida al cuerpo social, a los expertos del cuerpo público y estatal. Es posible que hace cien años Max Weber tuviese razón al escribir que el capitalismo es ante todo un *espíritu*, por no decir una religión, basado en la organización de la coherencia social, en la organización de la *separación* con respecto a aquello que él nombró como «cultura de los sentidos». En tal caso, Nietzsche tendría razón frente a Marx: la esencia de la economía no es económica, sino más bien una metafísica de la interdependencia social que permite que las vidas *floten*. Detrás de la economía, la mano invisible de cierto espíritu de aislamiento, un enfriamiento local y personal que es la condición para que se multiplique el calentamiento de las conexiones globales.

#### IV

Ni vale la pena intentar repasar las cifras de la pandemia, absolutamente dispares y parte del morbo diario. En el planeta de la precisión digital, que posiblemente siempre fue una farsa, se ha producido la irrupción de una indeterminación radical. Tanto en cuanto al número de muertos, a las modalidades de contagio, a la sintomatología con la que cursa la enfermedad, así como en la eficacia de las medidas pre-

ventivas, las contradicciones son flagrantes. Ahora bien, para no pecar de ingenuos, no olvidemos la función política de la incertidumbre y la precariedad: mantenernos a la expectativa, a la espera y *en falta*, siempre atentos a las pantallas y sin poder tomar decisiones. En medio de una complejidad que solo un experto en Big Data puede resolver.

Que la estadística es parte de nuestra mitología, con esa función política de *parálisis*, se comprueba ya cuando intentamos consultar el número de muertos sobre cuatro factores clásicos: tabaco, cáncer, suicidio y carretera<sup>4</sup>. ¿Cuántas son las muertes españolas por día e ingresos en UCI desde, digamos, el mes de junio? Preguntas y casi nadie, aunque cada día se hable de rebrotes, retiene el dato, ni parece importarle. ¿Por qué? Porque lo que importa es la atmósfera, el aura de alarma y consenso de un tema social que por fin nos une en la obediencia. Nuevamente, casi en cualquier orden, hay que recurrir a la letra pequeña y después hacer otra proyección estadística entre la disparidad numérica. Incluso en un tema médico especialmente grave parece que importa más el espectáculo y la atmósfera de intimidación, que justifica mil concesiones al poder público, que los datos medianamente reales, contrastados<sup>5</sup>. Como decía hace décadas un famoso analista de

---

[4] En cualquier campo, el laberinto de las cifras pueden resultar groseramente dispar: para 2019, por tráfico, encontramos en España una disparidad cercana al 30%. Así pues, hay que hacer la media, una estadística de la estadística, con lo cual la ambivalencia numérica se dispara. De igual modo, las cifras de la Covid son en España, como en todas partes, escandalosamente fluctuantes. Incluso ahora, que se supone que la gran ola ya pasó y reina una cierta serenidad ante las *réplicas*. Entre los 29.000 muertos oficiales de septiembre (48.926 a día de hoy) y los 15.000 muertos de más que el INE señalaba entonces con respecto a la mortandad del año pasado, ¿dónde están los desaparecidos?

[5] Tal y como aseguran algunas fuentes, supongamos que son 746 los muertos en España esta última semana. Pero si es cierta la cifra de 56.122 por culpa del tabaco en 2019 (¡qué falsa precisión en lo numérico!: 22, no 21 ni 23) salen aproximadamente a 1076 muertos por semana. Nuevamente encontramos una desproporción entre una histeria y otra, aunque la del tabaco alcanzó en su momento cuotas espectaculares. La simple cifra española de suicidios en 2019 fue (se dice) de 10 al día,

nuestras costumbres, una sociedad que no tiene nada afirmativo que ofrecer, pues su *infantilización* teme a la vida mortal igual que a la peste, solo puede vivir a costa de sus enemigos. El coronavirus ha venido así a engrosar una larga lista de demonios necesarios. Por eso tanta gente insiste en que se quedará.

Hace mucho tiempo que es parte de nuestra salud imitar la dispersión de la cháchara informativa, ese modo insano del entretenimiento que cobra mayor relevancia en tiempos de crisis. Pensemos si no qué significa que sea imposible consultar la estadística más luctuosa (por ejemplo, la de suicidios) sin soportar a la vez una hilera interminable de anuncios turísticos y sexuales, a veces extremadamente obscenos. Si estamos ante una tragedia, por dura que sea, hay que reconocer que cada día se parece más a una comedia. La pandemia actual, y su ristra de miedos afines, es parte ya del consenso, las cañas y la coherencia social. También en este sentido ha venido *para quedarse*. Cuando pase, en su tercera y cuarta ola, enseguida será relevada por otra catástrofe. No podemos vivir sin ellas, pues tienen la función de ocultar la *catástrofe que somos*, la «pandemia» que es nuestra normalidad, incluidas nuestras nociones de salud, nivel de vida y bienestar.

Solo dos palabras sobre la ciencia. ¿Qué pinta en esta situación? Poco o mucho, según se mire. Suponiendo que pudiese tener una voz clara y distinta, al margen de esta marabunta de impresiones contradictorias, pureza que el científico e historiador Th. S. Kuhn niega, la ciencia vive hoy tan estresada por los poderes mediáticos y políticos que cuesta mucho encontrar en ella algo que nos pueda librar del tiovivo de una información encantada con el estado de excepción que suspende *sine die* tantas libertades. Incluso en cuanto a las vacunas,

---

70 a la semana. Bastante menos que los datos actuales de muertes por la Covid en España, de acuerdo. Pero, ¿por qué no incluir el suicidio, del cual veremos nuevas versiones en estos meses de encierro y ruina, en la lista de nuestras pandemias crónicas?

un elemento que se supone crucial para pasar a otro estadio en esta crisis *sanitaria*, también parecen pesar intereses espurios que lesionan cualquier supuesta objetividad. ¿Es siquiera imaginable, por ejemplo, que Europa valore de modo medianamente ecuánime la eficacia de la vacuna rusa? ¿O la china? Tal y como es la imagen política que hemos acuñado de Rusia, con la competencia añadida de la UE, Reino Unido y EEUU en juego, ¿es pensable que la ciencia no esté alta, víricamente *contaminada* a la hora de decir una palabra tajante?

Por una parte, nunca pensábamos que algo así iba a pasar entre nosotros. Es cierto, en tal sentido, que esta crisis ha sido completamente inesperada. Por otra, al contrario, hacía ya décadas que el miedo estaba aquí, incrustado en nuestras costumbres. De modo que da la impresión que no ha costado *tanto* adaptarse al nuevo estado de emergencia, que además recuerda demasiado a la vieja normalidad. Es así que, a pesar de su insólita y triste novedad, un halo de *déjà vu* recorre el escenario actual. Y esto no solo por culpa de la información que se repite, de la ficción de moda y del cine. Ocurre un poco como en aquel atentado de las Torres Gemelas y tantas otras catástrofes, que en cierto modo el sistema ya había *imaginado*. El sueño de nuestro despegue de la tierra genera sus oscuras pesadillas, que a la fuerza han de repetirse.

Si hoy los periodistas, vanguardia espectacular de políticos y científicos, se han erigido en el nuevo clero es porque llevan al extremo nuestra condición ideal de plantas de invernadero, que deben respirar un aire continuamente climatizado. Vista desde nuestro retiro actual, la tierra entera ha de ser un planeta enfermo, esencialmente vírico y necesitado de prevención y cuidados intensivos. Para empezar, no podemos entender su fortaleza mortal, su frágil salud de hierro. Además, si la naturaleza no fuese nuestro primer enemigo, una gigantesca enfermedad esperando ser tecnológicamente cuidada, por unos expertos que antes la han saqueado a fondo, ¿cómo justificaríamos esta enclaustrada



existencia posmoderna? Retirados a la burbuja metropolitana, hace mucho que los occidentales no tenemos nada vitalmente afirmativo que ofrecer. De ahí este indisimulable regodeo sadomasoquista en la cadena de catástrofes que nos asedian.

Madrid, 19 de diciembre de 2020